

Enzo es el idealista, el poseedor de la verdad y el solitario, en torno del cual gira todo el drama; Romilda, la mujer fuerte que, como Nora, abandona el hogar.

La situación es distinta, pero el resultado es el mismo. Usando una frase, hogaño corriente, y que hubiera provocado barricadas en el siglo pasado, podríamos decir que aquel hogar estaba *podrido de libertad*.

Antes de terminar es bueno que dejemos constancia de que *Farsa eugenesia* es un drama representable, aunque, en nuestra opinión, sobren notas y falten diálogos.

Esperemos que no tardará en llegar el día en que podamos aplaudir desde la platea este drama robusto y sano, de una profunda sugestión y de una legítima nobleza artística.

*Eduardo R. Vaccaro.*

*El capitán Vergara*, por ROBERTO J. PAYRÓ.

Un tantico retrasada parece esta nota dedicada a dar noticia de la aparición de la obra de don Roberto J. Payró. Mas forzando un poco los linderos de la monda crónica bibliográfica tratará de colocarse ella, sino en los dominios de la crítica (puntos para tan alta empresa su autor no calza) por lo menos en los del comentario que a nadie está vedado.

Hecho corriente es entre la gente dedicada a los poco pragmáticos menesteres literarios, desmenuzar y hacer pepitoria de las obras de algún valor, y sube de punto este deseo y se la esconde y tiende reciamente cuando ha sido, como en este caso, premiada, sino por el más apto, por el más alto jurado como es el que se entiende en este asunto del otorgamiento de premios nacionales. También a mí, pues, me acucia el deseo de decir tres palabras sobre la obra que está en el tinglado, mas me encuentro de buenas a primeras con innúmeras dificultades, pues amén de la de mi inopia de ejecutorias que autoricen mi juicio, se presenta súbito la del criterio con el cual ha de encararse el estudio. ¿Debe hacerse él considerando la obra como una novela histórica, literaria o psicológica? Yo entiendo que los tres criterios deben unirse en buen amor y compañía y hacerse uno (uno y trino diría un teólogo), porque no se comprende que pueda juzgarse de valores independientes en un libro que si tiene valor, es precisamente porque los valores parciales están en función unos de otros.

Principiaré por el valor histórico. Diré en primer término que en lo fundamental el autor ha tratado el asunto con buena manderecha. Se ha informado

harto de los sucesos acaecidos en el Río de la Plata desde 1535 hasta 1557 que fué, sino me equívoco, el año de la muerte del único conquistador Domingo de Irala. Recorrió con suerte todos los vericuetos cronológicos de aquellos años tan llenos de admirables sucesos y manejó los asuntos con donoso ingenio, huyendo de la crónica escueta y lironda y no librándose del todo tampoco de tal cual fantástico episodio que patentiza el haberse abrevado en su búsqueda de datos, en la fuente cándida de Ruy Díaz de Guzmán y en la retórico-fantástica del padre Lozano. Yo creo que en lo relativo a este asunto histórico el mejor elogio que se puede hacer de la obra es que salvos dos o tres capítulos, como el que se refiere a los Maldonado, por ejemplo, o a la historia de la vida del caballero y gentil hombre don Francisco de Mendoza, puede servir como texto para los estudiantes de ese período de la historia platense. Y en verdad que haber salvado así honrosamente tan grande dificultad significa no poco triunfo para el autor, persona por otra parte ducha en las lides de las letras. Mas una novela histórica no debe, a mi juicio, entenderse solamente en la relación más o menos interesante de los sucesos acaecidos en las pretéritas calendas. Debe darnos sobre eso, la visión más o menos exacta de la forma en que actuaron los personajes y el medio histórico en que se desarrollaron. Debe ponernos en potencia propinqua de conocer la psicología de los actores y el escenario histórico. «Y aquí tenemos, dice Azorín, uno de los escollos capitales de la novela histórica. Podréis reconstruir pacientemente, minuciosamente, con toda clase de detalles el vivir de un siglo pasado — un tanto remoto —; podréis hacernos ver los trajes, las calles, las casas, los espectáculos, etc. Pero ¿y la psicología de los personajes? ¿Y esa materia tan sutil, tan efímera, tan alada que constituye el carácter?» Debo decir con dolor que en la obra del señor Payró flaquea la realización psicológica. Parece que a los personajes les falta el rasgo firme que nos haga comprenderles. Y este defecto lo encontramos en casi todos ellos. El propio capitán Vergara parece desdibujado, borroso, incongruente. Nada diré del segundo adelantado, personaje a todas luces funesto y débil que fué todo él un desacierto. Aparecen mejor pintados los rasgos psicológicos de los actores secundarios; Gonzalo de Mendoza, Schmidel, Pero Hernández. Otros contradictorios como Felipe de Cáceres, cuando la historia con insólita elocuencia nos percató del carácter trapacero y embrollista del inquieto contador.

Analizada la obra en su tercer aspecto nos acusa que su autor no es un literato en el más alto sentido de este vocablo. Cierta sequedad en los giros gusta a veces, pero mantenida siempre degenera en aridez y hace no grata la lectura. Con todo este defecto no se siente en demasía en *El capitán Vergara* por la

grandiosidad épica del espectáculo a que se asiste desde tres siglos de distancia. Aficiona el argumento tanto, que deslumbra desde el primer momento y no para mucho el lector en la búsqueda de melifluidades. No quiero decir con esto que sea la obra mala literariamente; pasajes hay en ella en que afirmaría lo contrario, mas carece de aquellas galas de lenguaje, aciertos verbales, etc., que hacen paladear repetidas veces libros por su argumento menos atractivos.

En resumen, la obra premiada es buena y es sin duda la más merecedora del premio de todas las novelas aparecidas en el transcurso del año fecundo de 1926.

*Marcos A. Morinigo.*